

siguiente, la norma injusta, derivada de la ley natural de manera errónea, sin embargo, sigue siendo una norma jurídica. Expresamente afirma Cotta que la derivación de la ley humana de la natural se reduce al respeto de determinadas estructuras lógicas, pero en cuanto al contenido no se puede obtener de la ley natural ninguno determinado, porque éste sería siempre verdadero, en contraste con la fallibilidad del juicio humano en cuestiones prácticas (pág. 143). Las leyes injustas no pierden su carácter jurídico, porque la justicia se presenta como una categoría superior a la juridicidad y no como parte de ésta.

En resumen, el autor cree que la doctrina de Santo Tomás, en el sentido expuesto, presenta elementos de gran actualidad y ofrece una sólida base para superar la secular controversia entre iusnaturalismo y doctrinas opuestas. Pero esta superación no significa desconocer los méritos históricos de la posición iusnaturalista, ni negar su intrínseca fundamentación, en cuanto pretende ofrecer un ideal al legislador humano.

RAFAEL CASTEJÓN

COURT, W. H.: *A Concise Economic History of Britain. From 1750 to Recent Times*. Cambridge University Press, 1954, VIII. 368 páginas.

El autor narra en el prólogo la historia del libro que hoy publica. Desde 1908 a 1935, el eminente Sir John H. Clapham explicó en Cambridge historia económica de Inglaterra. De sus explicaciones resultaron múltiples obras monográficas, bien conocidas de todos los especialistas. Pero también, una breve historia económica de la Gran Bretaña. El primer tomo de ella fué dado a luz, a base de las explicaciones del maestro, por uno de sus más antiguos discípulos, John Saltmarsh. Pero sólo llegaba hasta 1750. Desde 1750 hasta nuestros días la tarea fué encomendada a W. H. B. Court. Los dos tomos componen actualmente uno de los resúmenes más excelentes de la historia económica de Inglaterra. Nuestro comentario se va a ceñir al segundo tomo por ser el más recientemente publicado, 1954.

La historia económica de este período desborda, con mucho, el interés del puro especialista. Se produce entonces, según es notorio, uno de los fenómenos decisivos de la época moderna: la revolución industrial. La revolución industrial va a cambiar radicalmente la vida del hombre moderno. En tal cambio, está implicado todo, desde las formas de pensar hasta los más elementales patrones de conducta. Y ello, no por ningún materialismo fácil, sino por el principio básico que preside la vida social: por la idea de totalidad. La vida social es una estructura en donde cada parte es íntimamente solidaria con las otras, y donde ninguna puede transformarse sin cambiar al par, mínima o máximamente, el conjunto entero. Tan equivocado sería un espiritualismo que desgarrara la vida humana de su

conexión con el mundo, a través de ciencia, técnica y economía, como un materialismo que redujera a puros elementos de dialéctica histórica una transformación en donde intervienen máximamente factores de libertad personal y de política vital.

Ahora bien, el escenario eminente de este fenómeno fué Inglaterra, y ello aseguró no sólo su poderío externo, político y económico, sobre el mundo, sino el despliegue interno, muchas veces glorioso y otras cargado de sombrías tintas, de las posibilidades del fenómeno mismo. En el desarrollo de esa dominación política y en el sucesivo despliegue de esas posibilidades ha surgido nuestro mundo. En cierta medida, ese escenario eminente es al par una ejemplar lección. Todo hombre moderno, científico o no, tiene que detenerse a considerarlo.

Afortunadamente, una de las ramas más importantes de la literatura inglesa contemporánea está constituida por las obras de historia económica. En ella se acumulan las monografías, base indispensable para el conocimiento preciso de la realidad. Sobre este trabajo monográfico, los autores ingleses más modernos, con el poder de síntesis peculiar del genio inglés (distinto, a fuer seguro, pero con no menos elegancia que el francés) nos han ofrecido en estos últimos años una serie de obras que quedarán como clásicas.

Singular mención merecen las de E. Lipson, *Economic History of England*, tres tomos, 1931; *The Growth of English Society*, dos volúmenes (también en un volumen), 1949; A. Redford, *The economic history of England*, 1936; T. S. Ashton, *The industrial Revolution*, 1947 (hay traducción española en los Breviarios del Fondo de Cultura económica de Méjico), A. Marshall, *Industry and Trade*, 1923, etc. (El lector puede consultar dos guías bibliográficas, que hasta la fecha de su publicación recogen casi todo el material: J. B. Williams, *A guide to the printed materials for English social and economic history*, dos volúmenes, 1926, y S. Pargellis y D. J. Medley: *Bibliography of British history. The Eighteenth Century, 1714-1798-1951*). Ultimamente, y en estos días habría que añadir a todo lo anterior un libro de T. S. Ashton, sobre el siglo XVIII, del que nos ocuparemos próximamente.

Signo común de estos estudios modernos es considerar la historia económica en el despliegue de una estructura social. Singular importancia tienen lo que los franceses han llamado hechos de morfología, y entre ellos, de modo eminente, el aumento de población. Pero no menos las transformaciones ecológicas determinadas por factores técnicos y económicos, del ambiente y estructura tanto rural como urbano. En conexión con todo este fenómeno el autor va considerando los cambios en la agricultura, las innovaciones en la minería y manufacturas, en el transporte y comunicaciones ultramarinas, en las inversiones y en el sistema bancario, en el comercio nacional e internacional y todo ello en relación con los varios acontecimientos que se producen a lo largo del siglo XIX. Quizá la parte más impresionante del libro, y de la que cualquier lector avisado puede sacar

una lección más provechosa, es aquella en que se describe la vida económica en la época victoriana, hacia 1880. Cada día estamos más convencidos de los gloriosos resultados que ha producido la revolución industrial. Fué el orgullo legítimo del siglo XIX, orgullo quizá, en algún momento, pueril, pero que respondía a una realidad efectiva. Pero la propia peculiaridad de esta gloria entrañaba sus limitaciones. Mumford, en un libro ya clásico, «Técnica y civilización», ha advertido que la revolución industrial que se desarrolla hasta el final del siglo XIX, llevaba consigo un gigantismo, un alejamiento de la consideración de la forma para valorar tan sólo los resultados cuantitativos, una destrucción del ambiente natural y, por tanto, un desprecio para la vida, que adopta formas muy diversas. Hierro y carbón eran sus materiales, y los hombres creyeron, apoyados en ellos, crear un artificial. Derivado de la propia peculiaridad del carbón como fuente de energía, se produjo otra consecuencia: la concentración masiva de industrias y hombres. Carlos Marx basa sobre algunos de estos hechos las críticas contenidas en *El Capital*. Sobre los mismos, además, desplegó el liberalismo individualista su gran poder interno y externo: en el juego de fuerzas económicas y en el ámbito político. El autor ha llamado a esto, en la primera parte de su libro, *El crecimiento del Estado industrial*, y ha descrito en la segunda las vicisitudes de este Estado frente a las nuevas necesidades sociales provocadas por la misma industria. Son múltiples y no podemos enumerarlas. Pero hay un momento en que marca el punto de inflexión de una nueva época. En él toman parte principal un grupo de investigadores sociales, que sacan a luz, en sus *Social surveys*, los efectos destructores que un desaforado mecanismo y un individualismo extremo habían producido en la vida humana social. Hacia 1880 hasta 1939, la obra de Charles Booth, Seebohm Rowntree y de sus seguidores, va a cambiar el espíritu inglés. La estadística y el dato van a presentar la realidad sin rebozos. Amigos de Booth, los Webbs fundarán la *London School of Economics*. El sindicalismo surge. Teoría y práctica, sociología y política social van a intervenir activamente en la formación de una nueva mentalidad. Esta corre paralela a las transformaciones industriales que anuncian una nueva época (aparición de la electricidad como nueva fuerza, preocupación de los problemas de la forma, humanismo en industria y economía, etc.). El autor ha tenido el acierto de presentarnos, brevemente, pero con toda precisión, este cambio interno, ofreciendo al par los eventos históricos que han modificado la posición de Inglaterra.

Por todo lo anterior, es un libro que todo hombre que quiera tener conciencia cabal de su situación presente debe leer y meditar.

ENRIQUE GÓMEZ ARBOLEYA

DESAN, Wilfrid: *The tragic finale. An essay on the philosophy of Jean-Paul Sartre*. Cambridge, Harvard University Press, 1954, 220 páginas.

La obra de Wilfrid Desan es una exposición de la ontología de Sartre seguida de una crítica de su sistema. El prólogo introductorio revela su disconformidad con el criterio común de considerar a Sartre como literato cuya producción filosófica se agota en la novela y el teatro. Lo que sí admite es que se trata de un filósofo combatido enérgicamente, en medio de su fama, por dos corrientes opuestas: el marxismo, que ataca su subjetivismo fundamental, y los escolásticos y realistas, que rechazan la posición ateísta del autor, originada desde su actitud pesimista. Y aun dentro de la corriente existencialista de base fenomenológica hay que agregar una tercera oposición: la de los que subrayan la aproximación del escritor francés a la metodología de Husserl como un fracaso.

Con estas apuntaciones introductorias Wilfrid Desan presenta un índice de su libro que responde al siguiente contenido: la obra se divide en dos partes, que se destinan, respectivamente, a la exposición de la ontología de Sartre y a su crítica y comentario. En la primera desarrolla cuestiones relativas al método y punto de partida de su pensamiento filosófico, a la conciencia o *ser para sí*, a la objetividad o *ser en sí*, al estudio de la alteridad o *ser otro*, y a la libertad y la acción. La segunda estudia las siguientes cuestiones: su aproximación a la epistemología, las contradicciones de la conciencia en Sartre, la crítica de su forma externa de libertad, su conflicto con la metafísica tradicional y finalmente la elección sartriana o subjetivismo existencial. Añade, además, un apéndice sobre psicoanálisis freudiano y analítica existencial de Sartre, confrontando la obra del médico vienés y del filósofo francés, tan difundidos en lo que va de siglo. También un repertorio bibliográfico y un índice de autores y de obras sobre el tema.

Independientemente de referirnos de pasada a aquellos aspectos de la exposición de la ontología sartriana realizada por Desan, es decir, aquellos más acentuados por él, vamos a fijarnos sobre todo en la segunda parte del libro, en la que se encuentra su crítica y comentario. La extensión que dedica a la primera parte expositiva se debe a que Sartre, bastante conocido en Europa, no lo es tanto en América, aunque se hable mucho de él. *L'Être et le Néant*, obra culminante de la corriente pesimista del existencialismo europeo, es la obra que analiza Desan y que le lleva al título de su obra, *Tragic finale*. La crítica de marxistas, escolásticos y psicoanalíticos exigía crítica sin prejuicios de escuela.

Por otra parte, la obra está escrita no sólo para profesionales, sino también para ilustración general, aunque sin llegar a la simplicidad de procedimientos que requiere la mera vulgarización.

Lo que primero debe tenerse en cuenta es la aproximación feno-